



Valentin de Olano

FIGURAS GUIPUZCOANAS

VALENTÍN DE OLANO

Es una de las más salientes figuras, quizá la primera, que Guipúzcoa ha producido en el siglo XIX.

Es imposible dar una idea en el reducido espacio de unas limitadas páginas, del gran servicio prestado por Olano al país euskalduna.

Insigne defensor de nuestros fueros venerandos, con un discurso, con un sólo discurso en donde puso toda su alma, consiguió el triunfo en la votación de la famosa ley de reconocimiento de las libertades euskaras, en el Congreso de los Diputados en 1839.

Aquel elocuentísimo discurso que Olano pronunció en las Cortes, causó honda emoción en toda España; al siguiente día los periódicos que entonces se publicaban en Madrid, *El Correo Nacional*, *El Corresponsal*, *El Piloto* y otros, levantaron unánimes una voz de alabanza.

Al poco tiempo, uno de los hombres que más ha enaltecido el nombre de España en el mundo, el gran Donoso Cortés, escribía en París un soberbio trabajo, estableciendo un paralelo entre O'Connell, el gran tribuno irlandés y Olano. «Vean ustedes—dice Donoso Cortés—dos únicos hombres, que en toda la prolongación de los siglos han podido llamarse *pueblo*....»

Tratábase un día en el Congreso de la ley hecha en Cortes para el afianzamiento de los fueros bascongados, cuando de repente se levantó de su asiento un señor diputado, que hasta entonces había guardado silencio profundo. Los bascongados dieron noticia de su patria á los que por curiosidad les preguntaron: el presidente dijo al Congreso su nombre. Las primeras palabras, caídas tímidamente de los labios del

desconocido orador, fueron á perderse en aquellas angostas bóvedas y á estrellarse en la indiferencia universal. El orador continuaba, sin embargo, como si hablara en alta voz consigo mismo; y hablaba consigo mismo, como quien está poseído de una divinidad, y aquejado de turbulentas emociones. Algunos periodos enfáticamente quebrados, algunas expresiones pronunciadas en son de tiernísima queja, algunos acentos llenos, sonoros, robustos, comenzaron á cautivar poco á poco la atención de los espectadores, que á su vez comenzaron á sospechar que el orador estaba poseído de una pasión elocuente, ó en posesión de los secretos más recónditos del arte. Puestas así en relación y en armonía el alma del orador y las almas de los oyentes, los oyentes, sin saber cómo, perdieron su indiferencia, y cuando quisieron mirar por sí, se encontraron hasta sin libre albedrío. Entre tanto, el orador había ido creciendo, creciendo, también sin saberse cómo, hasta tal punto, que no parecía sino que la asamblea estaba en él, más bien que él en la asamblea. Al compás de los latidos de su corazón, latían todos los corazones.... En vano la oposición bramaba de cólera para sacudir el yugo del magnetizador imperioso. Sordo el magnetizador á sus bramidos y á sus plegarias, tenía en su mano de fierro su corazón palpitante...»

Hombre recto y de vastísimo saber, cumplió Olano con severo criterio sus deberes de padre y de ciudadano.

Los suyos le adoraban, sus adversarios le consideraban y le trataban con profundo respeto.

En ocasión en que después de desempeñados algunos asuntos referentes á la Provincia, regresaba desde Tolosa á su casa, sintióse acometido de repentina enfermedad, y sin poder continuar su camino, tuvo que acomodarse en el caserío Olatza, jurisdicción de Albistur, en donde falleció el 27 de Junio de 1851.

Reunidas poco tiempo después las Juntas generales, acordaron adquirir la propiedad del caserío, y colocar en su frente una inscripción conmemorativa de tan triste suceso, lo cual se verificó con solemnidad, y en la puerta del aposento en que dejó de existir el eminente orador, se puso otra placa también con inscripción.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

